



# Oeste Carys Davies



DESTINO

Oeste

Carys  
Davies

Traducción de  
Lorenzo Luengo

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1436

Título original: *West*

© Carys Davies, 2018

Publicada inicialmente por Scribner, un sello de Simon & Schuster, Inc., New York

Derechos de traducción de MB Agencia Literaria SL.

Y The Clegg Agency, Inc. USA

© por la traducción, Lorenzo Luengo, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: junio de 2018

ISBN: 978-84-233-5393-4

Depósito legal: B. 10.345-2018

Composición: Pleca Digital, S. L. U.

Impresión y encuadernación: Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Por lo que ella alcanzó a ver llevaba dos pistolas, un hacha de mano, un cuchillo, su manta enrollada, aquel enorme cofre de latón, diversos bultos y bolsas, una de las cuales, supuso, contenía las cosas de su madre.

—¿Te vas muy lejos?

—Eso de`pende.

—¿De dónde estén?

—Sí.

—¿Muy lejos, entonces? ¿Mil kilómetros? ¿Más de mil kilómetros?

—Más de mil kilómetros, diría yo, Bess, sí.

La hija de Bellman jugueteaba con un hilo suelto que colgaba de la manta, la cual, hasta aquella mañana, había cubierto la cama de su padre. Levantó la vista hacia él:

—Y luego para volver igual.

—Para volver igual, sí.

La niña se quedó inmóvil un momento, y por su aire entre serio y reconcentrado parecía tratar de imaginar lo que suponía un viaje de tamaña magnitud:

—Es todo un viaje.

—Sí que lo es.

—Pero si los encuentras valdrá la pena.

—Diría que sí, Bess. Sí.

Vio que Bess observaba sus bultos y sus bolsas y el enorme cofre de latón, y se preguntó si no estaría pensando en las cosas de Elsie. No había sido su intención que le viese guardándolas.

La niña trazaba un círculo con la puntera de su bota en el suelo enlodado:

—Entonces ¿cuánto tiempo estarás fuera? ¿Un mes? ¿Más de un mes?

Bellman sacudió la cabeza y la tomó de la mano:

—Oh, Bess, sí, más de un mes. Por lo menos un año. Quizá dos.

Bess asintió. Le escocían los ojos. Eso era mucho más de lo que había esperado, mucho más de lo que hubiera querido.

—En dos años tendré doce.

—Doce, sí.

La levantó en vilo y le dio un beso en la frente y le dijo adiós y en un abrir y cerrar de ojos estaba en la grupa del caballo, envuelto en su abrigo de lana marrón y tocado con su sombrero de copa negro, y enseñada descendió por el camino de piedra que se perdía más allá de la casa, alejándose ya en dirección oeste.

—No dejes de mirar, Bess, la sombra de tu padre, que allá se aleja —dijo su tía Julie desde el porche, con una voz tan alta que parecía una arenga—. Observa bien, Bess, a ese individuo, ese idiota, mi hermano John Cyrus Bellman, pues no verán tus ojos mayor necio que él. A partir de hoy lo cuento en el

número de los dementes y de los perdidos. No esperes volver a verlo, y no levantes la mano para despedirlo, eso sólo servirá para envalentonarlo y hacer que piense que se ha ganado tus buenos deseos. Vamos, niña, entra, cierra la puerta, y olvídale.

Bess se quedó allí un buen rato, sin hacer caso a las palabras de su tía Julie, observando a su padre cabalgar en la distancia.

En su opinión, John Cyrus Bellman no parecía ningún idiota.

En su opinión, parecía grandioso, resuelto, valeroso. En su opinión parecía inteligente y romántico y audaz. Parecía un hombre embarcado en una misión personal que lo hacía diferente del resto del mundo, y Bess decidió que, mientras su ausencia se prolongase, guardaría esa imagen que de él tenía en la mente: allá en lo alto de su caballo, con sus bolsas y sus bultos y sus armas, allá enfundado en su largo abrigo y tocado con su chistera, perdiéndose rumbo hacia el oeste.

No tenía la menor duda de que lo vería de nuevo.

John Cyrus Bellman era un hombre alto, robusto, pelirrojo, de treinta y cinco años, con manos y pies enormes y barba rubicunda, que se ganaba la vida criando mulas.

Tenía una educación, hasta cierto punto.

Sabía escribir, aunque no siempre era capaz de poner las letras en su sitio. Leía despacio pero bastante bien, y había enseñado a hacer lo propio a Bess.

Algo sabía de las estrellas, lo que era muy útil cuando le tocaba reconocer su lugar en el mundo una noche cualquiera. Y por si alguna vez no bastaba con lo que sabía, recientemente había adquirido una brújula pequeña pero, esperaba, fiable, que le mostró a Bess antes de partir: se trataba de un instrumento liso, del tamaño de una ciruela, engastado en un estuche de marfil pulido, que a su debido tiempo, prometió, apuntaría con aquella temblorosa aguja azul a su hogar.

La semana anterior, Bellman había cabalgado hasta la casa de su hermana Julie, y allí plantado, en el suelo que ella acababa de fregar, fue cambiando su peso de un enorme pie al otro mientras su hermana, sentada a la mesa, desplumaba una gallina:



—Me marchó, Julie —dijo, con una voz tan fuerte y nítida como fue capaz de articular—. Te agradecería que te ocupases de Bess un tiempo.

Julie permaneció en silencio mientras Bellman echaba mano al interior de su abrigo y sacaba del bolsillo de su camisa un recorte de periódico bien doblado, lo alisaba y lo leía en voz alta, explicándole a su hermana qué era lo que pretendía hacer.

Ella lo miró un momento, y luego volvió la gallina vientre arriba y siguió atareada en desplumarla, como si lo más sensato ahora fuera fingir que su enorme hermano de cabellos rojos no había pronunciado palabra.

Bellman dijo que intentaría estar de vuelta en un año.

—¿Un año?

La voz de Julie, aguda y estrangulada: como si algo se le hubiera ido por mal sitio y la estuviera ahogando.

Bellman se miró las botas:

—Bueno, posiblemente algo más de un año... pero no más de dos. Y tú y Bess tendréis la casa y el ganado, y dejaré aquí el reloj y el anillo de oro de Elsie por si alguna vez os veis en apuros y necesitáis dinero, y seguro que Elmer os echará una mano con cualquier trabajo pesado que haga falta sólo con que le pongáis una taza de café y una cena caliente de vez en cuando. —Bellman tomó aire—. Oh, Julie, por favor. Échame una mano. El camino es largo, y el viaje será lento y difícil.

Julie la emprendió con otra gallina.

Se alzó entre ambos un revuelo de plumas de co-



lor blanco y bronce, formando una agitada nube. Bellman estornudó varias veces sin que Julie murmurase un simple: «Jesús, Cy».

—Por favor, Julie, te lo ruego.

—No.

Era una aventura de locos, dijo.

Debía hacer algo práctico con su vida, como ir a la iglesia o buscarse una nueva esposa.

Bellman dijo que gracias pero que no le interesaba ninguna de esas dos cosas.

La noche anterior a su partida Bellman se sentó ante una mesa cuadrada de pino, en la modesta casa que él mismo había construido, para beber un café con su vecino Elmer Jackson, quien a veces le echaba una mano en sus propiedades.

A las diez llegó Julie, con su Biblia y su paraguas y aquel bolsito negro de viaje que tiempo atrás la había acompañado a ella, a Bellman y a la esposa de Bellman, Elsie, en su viaje desde Inglaterra a través del Atlántico.

Bellman no había terminado de guardar sus cosas, pero ya tenía puesto su abrigo de lana marrón y su bolsón de cuero colgaba de una larga correa de hebilla que le cruzaba el pecho. Un sombrero de copa nuevo, de color negro, aguardaba en la mesa junto a sus manos enormes, crispadas.

—Gracias por venir, Julie —dijo—. Te estoy muy agradecido.

Julie respondió con desdén:

—Veo que sigues teniendo intención de irte.

—Así es, sí.

—¿Y dónde está tu pobre niñita, y futura huérfana?

Bess, dijo Bellman, dormía en su cama, en la esquina que quedaba tras la cortina.

Le preguntó a Julie si quería café y Julie dijo que quizá no le vendría mal una taza.

—Le estaba hablando a Elmer, Julie, acerca del itinerario que planeo seguir.

Julie dijo que le daba igual su itinerario. Julie preguntó por qué siempre a los hombres les parecía interesante discutir direcciones y el mejor camino a tomar para llegar de A a B. Apoyó el paraguas contra la pared, dejó la Biblia sobre la mesa y se sentó ante su café, sacó una media de su bolso negro de viaje y comenzó a zurcirla.

Inclinándose, Bellman se acercó un poco más a su vecino.

—Como ves, Elmer, he estado examinando algunos mapas. No es que haya muchos, pero uno o dos sí hay. En esa biblioteca de pago que tienen en Lewistown hay uno antiguo, hecho por alguien llamado Nicholas King, y otro, no tan viejo, del señor David Thompson, de la Compañía Británica del Noroeste, pero ambos están llenos de huecos, espacios vacíos y signos de interrogación. Así que he llegado a la conclusión de que es mejor hacer caso a los diarios de la expedición del viejo presidente, la que emprendieron los dos célebres capitanes: sus diarios están llenos de esbozos y puntitos que señalan el mejor camino a seguir entre la maraña de ríos del oeste y también el sendero que atraviesa las montañas Pedregosas hasta el océano Pacífico, si no me queda otra que proceder hasta allí.

Elmer Jackson lanzó un suave eructo. Apartó del café sus ojos acuosos, inyectados en sangre.

—¿Qué expedición? ¿Qué célebres capitanes?

—Oh, venga ya, Elmer. El capitán Lewis y el capitán Clark. Además de un enorme equipo de exploradores y cazadores. Hicieron todo el camino hasta el Pacífico por deseo del viejo presidente, ¿no te suena?

Elmer Jackson se encogió de hombros y dijo que quizá sí, que no estaba seguro.

—Pues lo hicieron, Elmer. Diez mil kilómetros, dos años y medio, ida y vuelta, y lo que pienso es que mi mejor opción pasa por seguir más o menos el camino que ellos tomaron, y luego circunvalarlo aquí y allá para explorar lo que ellos no exploraron, con la esperanza de encontrar un camino hacia lo que estoy buscando.

—¿Circunvalar?

Julie produjo con la lengua un chasquido irritado, y Jackson lanzó un suave eructo por segunda vez. Bellman se frotó sus enormes manos. Tenía el rostro encendido por el entusiasmo y la emoción. Alargó un brazo para alcanzar el bote de pepinillos que había en el estante situado sobre la cabeza de Jackson.

—Imagina, Elmer, que este bote de pepinillos es esta casa, aquí, en Pensilvania.

Colocó el bote ante Jackson, en el borde derecho de la mesa.

—Y que por aquí, si no te importa, Elmer, que te coja un momento la taza de café, está la ciudad de San Luis.

Dispuso la taza de café de Jackson un poco a la izquierda del bote de pepinillos.

—Desde el lugar en el que nos encontramos ahora —dio un golpecito al bote de pepinillos— hasta

San Luis —dio un golpecito a la taza de café— hay como unos mil kilómetros.

Elmer Jackson asintió.

—Y más o menos por aquí —los ojos acuosos e inyectados en sangre de Jackson siguieron las manos de Bellman, que tomaron su chistera nueva para colocarla en el borde izquierdo de la mesa— están las montañas Pedregosas, también conocidas como las Rocosas. Así que lo único que tengo que hacer es viajar hasta San Luis, una vez allí cruzar el río Misisipi, y después —paseó los dedos trazando un amplio arco que arrancaba en la taza de café y se curvaba hacia arriba, a lo largo del enorme espacio vacío que había en mitad de la mesa en dirección al sombrero— seguir el río Misuri, como hicieron los dos capitanes, hacia las montañas.

Elmer Jackson observó que, al lado de los mil kilómetros que se extendían entre el bote de pepinillos y la taza de café, el viaje por el curso del Misuri parecía bastante largo.

—Oh, sí que lo es, Elmer, vaya que sí. Muy muy largo. Calculo que más de tres mil kilómetros. Pero será todavía más largo, pues, como he dicho, voy a separarme del camino principal. Sí, eso haré. Durante mi avance me iré alejando bastante de él para poder explorar algunas de esas enormes áreas vacías en las que los dos capitanes no se internaron.

Jackson, cuyos cuarenta años de vida no habían supuesto hasta ahora sino un viaje lento, serpenteante y a veces circular a través de una sucesión de molinos, fundiciones, fábricas de cerveza, aparte de un período como soldado, dejó escapar un largo silbido.

Le dijo a Bellman que nunca le había considerado un aventurero:

—¿Y después del sombrero?

—Después del sombrero, Elmer, hay un camino no menos largo que desciende hasta el Pacífico, pero confío en no tener que llegar tan lejos. Confío en que, si no encuentro lo que busco cerca del río, entonces es que lo veré antes de llegar a las montañas —sus enormes manos recorrieron en un círculo la vasta expansión de la mesa—, en algún lugar de este extenso e ignoto territorio del interior.

Elmer Jackson se rascó el vientre y se sirvió otra taza del café de Bellman, y anunció que no se le ocurría una sola cosa en toda la maldita tierra que pudiera hacerle mover el culo ni medio paso.

Julie dijo que le agradecería a Elmer Jackson que no maldijera.

Julie dijo:

—¿No se te ha ocurrido pensar, Cy, que allí habrá salvajes?

Los salvajes que encontraría allí, dijo Julie, se abalanzarían sobre él en el mismo instante en que vieses su espléndida cabellera roja y su extraño y pesado corpachón avanzando hacia ellos por aquel páramo.

Bellman dijo que confiaba en que no.

Bellman dijo que, por lo que había leído acerca de los indios de aquellos pagos, éstos se daban por contentos si tenías un número suficiente de objetos manufacturados que pudieran resultarles útiles y un puñado de baratijas que regalarles, y que él iba a llevar consigo un buen montón de esas cosas.

Jackson levantó una velluda ceja y dijo que ya se había topado allí, en Estados Unidos, con todos los indios que esperaba ver en su vida y que no había nada que pudiera tentarlo tanto como para lanzarse a vér-selas con todos esos cuerpos semidesnudos y esas caras grotescamente pintarrajeadas.

Bellman asintió. Sonrió a su manera cordial y dio unas palmaditas en el mango de su cuchillo y en el cañón del rifle que apoyaba contra la mesa, apuntando hacia arriba.

—Estaré bien, Elmer. No te preocupes.

Julie apretó los labios, sacudió la media contra su regazo y dijo que no entendía por qué alguien querría viajar casi cinco mil kilómetros en dirección contraria a su hogar y a su iglesia y a una hija sin madre.

—Ningún buen padre, Cy, abandonaría a una hija, carne de su carne y sangre de su sangre, por tamaño locura.

Elmer Jackson lanzó una risita. Parecía que aquellos dimes y diretes entre hermano y hermana le resultaban un buen entretenimiento.

Bellman dejó escapar una larga bocanada de aire.

—Oh, Julie...

—No me vengas con tus «Oh Julie», Cyrus.

Bellman suspiró. Había en él cierto aire de desvalimiento.

—Debo ir. Debo ir y ver. Eso es todo cuanto puedo decirte. Tengo que hacerlo. No sé qué más decir.

—Podrías decir que no vas.

Desde el otro lado de la mesa, Bellman adelantó hacia su hermana una de esas manos enormes que



casi parecían zarpas. Con calma, se diría que con reverencia, y una suerte de asombro infantil, dijo:

—Si están allí, Julie, seré yo entonces quien regrese con noticias de su existencia. ¿No te parece maravilloso?

Julie rio:

—Lo que me parecería maravilloso, Cy, es que nos dejases a Bess y a mí algo más que un viejo reloj y un anillo de oro y todos estos patéticos animales: un viejo semental y una terna de yeguas exangües, un puñado de burros y burras, algunos mulos sin vender y una mula de muy mal carácter.

Elmer Jackson bebió el último sorbo de su café y se levantó, sonriendo de oreja a oreja. Se limpió la mano contra el vientre y se estiró y anunció que ya se le empezaba a hacer tarde para dormir. Al salir, propinó a Bellman una palmada en el hombro y le dijo a Julie que, si alguna vez necesitaba ayuda con las mulas, no tenía más que pegarle una voz.

Cuando llegó la mañana Bellman ya estaba organizando las bolsas y bultos que llevaría consigo, arrodillado en un porche que parecía algo hundido y tenía bastantes refuerzos.

¿Por qué, preguntó Bess, llevaba una blusa de su madre?

La blusa de Elsie, a rayas blancas y rosas, descansaba en las enormes manos de Bellman, que se estaba preguntando en qué bolsa meterla.

—Por la misma razón, Bess, por la que me llevo su dedal y sus agujas de tejer.

—¿Y qué razón es ésta?

Bellman vaciló un momento. Se miró las manos:

—Porque ella ya no las necesita y yo sí.

Habló entonces a Bess de los indios, de lo orgullosos que según había oído se sentían, tanto los hombres como las mujeres, al poseer aquellas bonitas prendas y aquellos útiles objetos de metal. A alguno podía atraerle la blusa de su madre, a otros sus largas agujas de tejer y su dedal de cobre. A cambio le darían toda suerte de cosas que le serían necesarias durante su viaje.

—¿Qué clase de cosas?

Bellman se encogió de hombros.

—Comida. Quizá un caballo nuevo, si necesito uno. Explicaciones acerca de cómo hacer algunas cosas y qué camino es mejor tomar.

Bess le miró muy seria y asintió.

—¿Así que podrían decirte dónde buscar?

—Exacto.

Le mostró entonces un cofre de latón repleto de dedales que pensaba llevarse junto con otras cosas pertenecientes a la madre de Bess. Bess se asomó al interior y vio que había un montón de botones, abalorios y campanitas, algunos anzuelos y algo de tabaco y trozos de cinta y restos de cables de acero y un montón de pañuelos, unos cuantos recortes de tela de color y pequeños fragmentos de un espejo.

Bess dijo que esperaba que a los indios les gustase todo aquello y Bellman dijo que él también lo esperaba.

Le escribiría, dijo Bellman, y cuando le fuera posible daría las cartas a viajeros y comerciantes que

marcharan de camino al este para que las llevaran a lugares como St. Louis o St. Charles y las enviaran desde allí.

—Mira, hasta tengo un pequeño tintero engastado en un remache por dentro de la solapa de mi abrigo. Ni siquiera tendré que detenerme cuando quiera escribirte una carta: puedo escribirte desde mi silla, mientras cabalgo.